

TINTIN CINE



# tintin

## y las naranjas azules

Texto de André BARRET



JUVENTUD

LOS PERSONAJES DE LOS ALBUMES DE HERGÉ  
EN

# tintin

## y las naranjas azules

Texto de André BARRET  
Ilustrado con fotografías del filme  
Traducido por Marta Ferrés

Filme realizado por  
Philippe CONROYER

Guión original  
de André BARRET

Con la intervención  
de los famosos  
personajes de HERGÉ

TINTIN:  
Jean-Pierre Talbot

Capitán HADDOCK:  
Jean Bouise

Profesor TORNASOL,  
los HERNANDEZ  
y FERNANDEZ,  
BIANCA CASTAFIORE

y, naturalmente, MILÚ

Album realizado por  
GEORGES GEOFFROY

EDITORIAL JUVENTUD · BARCELONA

# N

OS encontramos en el gran salón del castillo de Moulinsart. Tintín, el capitán Haddock y Milú están instalados frente al aparato de televisión y observan, con una impaciencia cada vez mayor, las contorsiones y los maullidos de cuatro guitarristas modernos.

El capitán empieza a ponerse nervioso:

—¡Ah! ¡Rayos y truenos! Traviesos macacos... Pronto os calmaría yo... Hasta lo más alto del palo mayor os haría trepar.

Milú, por su parte, manifiesta con sus gruñidos una creciente hostilidad.

De pronto se oye la sintonía del célebre programa «Lecturas para todos». Aparece el locutor y anuncia el título del libro a cuyo autor va a entrevistar: *El mundo tiene hambre*. La cámara nos deja ver, entonces, a un hombre bajito, con barba y vestido de color verde, sobre una silla muy alta: el autor... que es el mismísimo profesor Silvestre Tornasol.

Nuestros tres héroes miran con emoción a su gran amigo: en una mano tiene su trompetilla acústica y con la otra sujeta el péndulo que no abandona casi nunca. El profesor le pregunta al locutor si la emisión va a empezar en seguida, y

éste a duras penas logra explicarle que hace ya unos minutos que ha comenzado...

Tornasol se dispara entonces con un discurso apasionado:

«Seis mil millones de seres humanos poblarán nuestro globo en el año dos mil, y actualmente, que no somos más que tres mil millones, un hombre de cada dos no come lo que necesita. El porvenir de los hombres estará asegurado el día en que nosotros logremos hacer crecer naranjas en el desierto del Sahara y patatas en el Polo Norte...»

Y, bajo la mirada atónita del locutor, el profesor Tornasol hace una llamada a todos los sabios del mundo... para que se unan y trabajen, en primer lugar, en la solución de este problema del hambre del que depende el destino de la humanidad.

En Moulinsart la emoción es grande, pero el capitán, quitando importancia al asunto, chupa furiosamente de su pipa y bromea:

—Sí, sí, muy interesante el problema del hambre... pero tampoco debe olvidar el problema de la sed. E hinchando su potente voz, grita:

—¡Néstor! ¡Néstor! ¡Tráeme un whisky, por favor!



Han pasado tres días. En Moulinsart reina gran animación. El profesor ha recibido centenares de cartas respondiendo a su llamada. Él las abre febrilmente ayudado por Tintín, el capitán y Milú, quien repentinamente descubre un paquetito y dentro de este paquetito encuentran, ¡oh, sorpresa!, una naranja... una naranja... que es de color azul. Lo que es una buena ocasión para que el capitán haga su comentario:

—Las naranjas, para mí, son naranjas, y si una naranja es azul, me seguís, ¿verdad, Tintín?, si una naranja es azul, ya no es naranja.

El profesor, que ha encontrado la dirección del remitente, se asombra:

—El profesor Antonio Zalamea... ¡uno de los mejores científicos! Desde hace años trabaja en la adaptación de los agrios a las tierras de zonas desérticas. Una naranja azul es una cosa rara, de acuerdo, pero científicamente hablando no es tan asombroso... La adaptación de la especie a la tierra desértica quizá haya originado una mutación en el color.

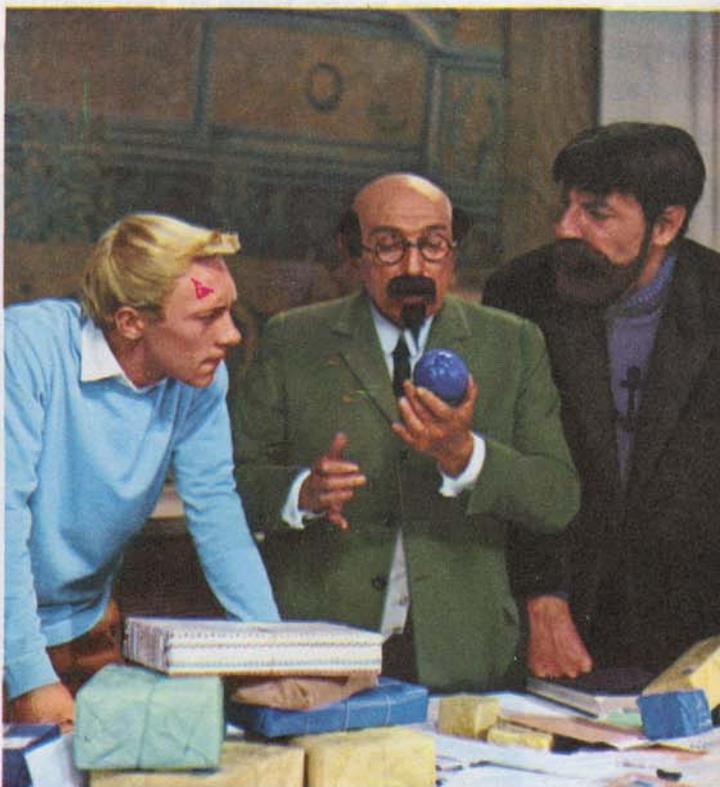
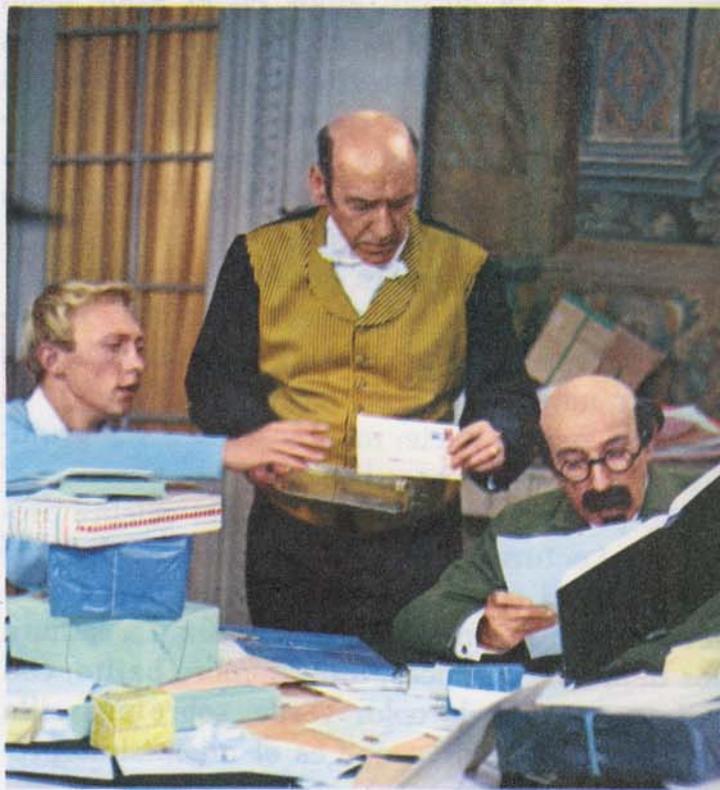
Pero fueron inútiles todos los intentos que hicieron para encontrar la carta de Antonio Zalamea que debía acompañar este valioso envío.

El mismo día, a la hora de cenar, aprovechando que el profesor Tornasol, como siempre, está distraído, Haddock aprovecha para gastarle una broma... Le manda a Néstor que vaya a buscar la famosa naranja azul de la nevera donde el profesor la tiene guardada. Néstor, con los ojos desorbitados por la sorpresa, trae con mano temblorosa el plato que contiene la extraordinaria fruta.

Viene tartamudeando.

—La na... na... ran... ja alumbra... En el pa... pa... sillo..., señor, como está oscuro, la na... ná... ranja se ha encendido como una bombilla.

El profesor, al darse cuenta de que se trata de su naranja, se pone a chillar muy fuerte. Tintín, intrigado, apaga la luz. Efectivamente, hay que rendirse a la evidencia: la naranja, no sólo es azul, sino que, ¡mil millones de rayos y truenos!, es también fosforescente...





Es de noche ; todos duermen en el castillo de Moulinsart, después de un día tan agitado.

De pronto, Milú endereza una oreja... Hay alguien en la entrada. El tiempo de despertar a Tintín y de bajar con él las escaleras, y aquí están, cara a cara, en la oscuridad, con dos hombres. Los conocimientos de judo de Tintín logran maravillas, y Milú, como perro valiente que es, hace todo lo posible para ayudar a su dueño.

Haddock, que se ha despertado con el ruido, sale vestido con una bata y blandiendo un sable.

Grita :

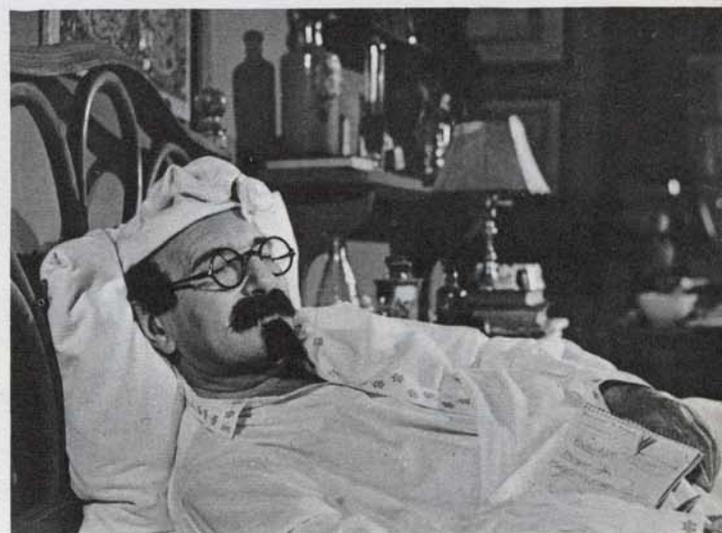
—¡ Al abordaje !

Pero tropieza en un escalón y rueda escaleras abajo, en medio de un horrible ruido.

—¡ Carne de horca ! ¡ Bachi-bouzouks ! ¡ Lagartijas !

Aprovechando este incidente, los dos hombres escapan... Se oye el ruido de una moto que arranca y se aleja. Cuando Néstor ha vuelto a poner los plomos, una rápida inspección lleva a Tintín y a su amigo el capitán a la cocina... La nevera está abierta y la naranja azul... ha desaparecido.

Por la mañana, a la hora del desayuno, hay que explicarle el desastre al profesor... Cuando, por fin, el profesor comprende que no es una



nueva broma del capitán, se deshace en lamentos.

—¡Qué catástrofe! ¡Qué catástrofe! Un préstamo científico de la mayor importancia... Es mi ruina... mi ruina...

Y como el capitán dice que a él le parece que, total, por una naranja, no hay que ponerse así, Tintín le reconviene:





—Capitán, seamos objetivos. Si la naranja azul fuese una fruta como otra cualquiera, ¿cree usted que se hubieran tomado la molestia de robarla?

Y como si hablase consigo mismo, Tintín continúa en voz alta sus pensamientos.

—¿Y si el profesor Zalamea, sintiéndose en peligro, hubiese querido poner su secreto bajo la protección de nuestro amigo Tornasol? Entonces se trataría de un robo científico.

Pero, en Tintín, la reflexión va seguida de inmediato por la acción.

—Tenemos el tiempo justo para enviar un telegrama al profesor Zalamea comunicándole nuestra llegada. Vamos a tomar el primer avión que salga hacia Valencia. Hay que resolver este asunto en seguida.

Al día siguiente, al atardecer, nuestros tres amigos —¡perdón!, nuestros cuatro amigos, no nos olvidemos de Milú— están ante la puerta de la hacienda «Bello Horizonte».

Llaman a la puerta y se hacen anunciar al profesor. Un hombre amable en extremo les recibe. Se enteran en seguida de que él no es el profesor Zalamea, sino el honorable don Lope de Zalamea de Rodríguez Arrabaló, primo del profesor y con el cual vive. Les hace pasar al laboratorio del profesor, asegurándoles que su primo vendrá a la hora de cenar, y les invita a pasar la noche en la hacienda.





Sin embargo, termina la cena sin que el profesor Zalamea haya regresado a casa, y don Lope parece muy inquieto:

—A mi primo le gusta salir a menudo a dar largos paseos y es un hombre muy distraído. Pero, vaya, ya es de noche y hace rato que debiera haber vuelto...

Tintín, Haddock y don Lope están tomando el café en el patio cuando, de repente, se oye como un ladrido ahogado... Tintín corre hacia el laboratorio adonde Tornasol, apasionado por los trabajos de su colega, ha vuelto después de la cena.

Allí encuentran a Milú, inmóvil, estirado sobre el costado, con una mordaza de cloroformo en la nariz. El capitán, atónito y furioso, recoge el sombrerito redondo de Tornasol que ha caído al suelo entre las vasijas rotas:

—Si esos tunantes se atreven a tocar un pelo de los que se encuentran habitualmente bajo este sombrerito... ¡los destripo!, ¡los descorcho! y ¡los hago colgar del palo más alto!

En la cara de don Lope se leen el asombro y la indignación. Manda a su encargado, el señor Estensorro, que organice una búsqueda por los alrededores. Éste no ve con buenos ojos a nuestros amigos.

Tintín sugiere, mientras reanima a Milú haciéndole la respiración artificial:





—Quizás ellos mismos hayan secuestrado también al profesor Zalamea...

Don Lope parece que se convence en seguida.

—¡ Ah, bandidos! Seguramente tienes razón. Si no, el retraso del pobre Antonio sería incomprensible.

Y se precipita al teléfono para dar la alerta a la policía.

A la mañana siguiente, policías y periodistas llegan al lugar del suceso. El inspector ruega a Tintín y al capitán que no abandonen la hacienda hasta que se resuelva el caso. Un joven fotógrafo que da vueltas alrededor del capitán como si éste fuese un bicho raro, ametrallándole y cegándole con el *flash* una y otra vez, provoca su furia.

—¡ Basta ya! ¡ Especie de moscardón! ¡ Ectoplasma! ¡ Percebe! ¡ Nenúfar! ¡ Bribón! ¡ Cataplasma!

Más tarde, cuando Tintín pasea con Milú, reflexionando acerca de este misterioso asunto, ve llegar una vieja camioneta de la que salen, con los brazos cargados de provisiones, un tendero jovial y un chico que se queda en la calle jugando a bolas. Tintín se acerca. El chico se vuelve y grita alegremente:

—¡ Oh, pero si son Tintín y Milú!

Después se presenta:





—Me llamo Pablito. Soy un gran amigo del profesor Zalamea.

—Así que te llamas Pablito y eres muy amigo del profesor Zalamea...

Aunque el chico, exaltado, habla muy de prisa, Tintín deduce de las explicaciones de Pablito que éste cree saber quiénes son los raptores del profesor Zalamea.

Y como llega el capitán Haddock, Pablito le hace señas para que no hagan ruido y se suban con él a la caja de la camioneta. Milú es el primero en saltar, seguido de Tintín y del capitán, que protesta...

—Vamos, rápido, capitán... Creo que tenemos una buena pista, pero primero hay que salir de aquí.

Nuestros amigos se acomodan como pueden entre las provisiones. Pablito baja la cortina de lona...

El tendero vuelve, sube a su asiento, y el ve-





hículo se pone en marcha... Es saludado al pasar por los dos policías que vigilan la puerta de la hacienda.

Mientras tanto, Hernández y Fernández, avisados por la Interpol del misterioso rapto del profesor Tornasol, llegan también a la hacienda «Bello Horizonte».

Con el primero que traban conocimiento es con un becerro de carácter más bien agresivo y poco acogedor... y luego con el propietario de la finca, don Lope, que les pareció, en contraste, extraordinariamente amable y simpático.

Don Lope comunica a Hernández y Fernández que Tintín, Haddock y Milú también han desaparecido. Pero ellos declaran, mostrando un gran optimismo:

—No se preocupe usted, caballero... Con nosotros, las cosas van a aclararse de inmediato...

Y... viendo venir una vaquilla que tranquilamente se acerca atravesando el patio... salen pitando...





¿Qué le ha pasado mientras tanto al profesor Tornasol?

Hallamos al profesor Tornasol en un antiguo monasterio abandonado, en el que acaba de entrar un potente coche americano. Un coloso se ha apoderado del profesor y lo lleva en brazos... a pesar de que el profesor patalea como una langosta.

Lo colocan ante un altavoz del que sale una voz brutal y dominante.

—Profesor, nos hemos visto obligados a raptarle. Usted sabe demasiado... Pero no se le hará daño a condición de que ayude al profesor Zalamea en sus experimentos. Cuando éstos hayan terminado, nosotros le devolveremos la libertad y le recompensaremos con creces. Pero, ¡cuidado! Si usted se niega a colaborar, nosotros procederemos sin piedad... sin ninguna piedad...

Terminado este amable discurso de bienvenida, el coloso arrastra al profesor y lo encierra





en una amplia sala abovedada.  
Allí se encuentra cara a cara con su eminente colega Antonio Zalamea. Este encuentro es un momento de profunda emoción para los dos sabios. Antonio le hace los honores del improvisado laboratorio, lleno de aparatos complejos en los que borbotean líquidos multicolores y que lanzan chispas a cada instante acompañadas de ruidos y crepitaciones.  
Protegidas bajo una campana de cristal aparecen seis naranjas azules...  
—Yo le envié la primera y ellos la robaron... Las otras cinco han crecido después de mi rapto,



ya que esta especie de naranjas tratadas según mi procedimiento logran su madurez en cinco días... Un detalle molesto... tengo que confesarle que la naranja azul, en su estado actual, no es comestible... Tiene un sabor amargo... y horriblemente salado...  
Y Zalamea le confía a Tornasol, en voz baja, que él hace ver que trabaja para el *trust* que les ha raptado... pero que en realidad está fabricando una máquina que no sirve para otra cosa que producir ruidos y hermosos colores.  
Los dos sabios, completamente de acuerdo, se echan a reír como dos colegiales.





¿Qué hacen a todo esto Tintín, Milú y el capitán Haddock?

En una vieja cabaña, en la que Pablito los ha escondido, no lejos de la tienda de su padre, volvemos a encontrarnos con ellos, rodeados por una alegre pandilla de niños. Uno de ellos, el Francesito, cuya madre es francesa, les explica a nuestros amigos lo que le ocurrió a Pablito.

—La semana pasada, el profesor Zalamea le dio a Pablito una carta y un paquete que debía llevar a correos sin decírselo a nadie.

Pero, cuando Pablito pasaba por una calle desierta, fue asaltado por un hombre... Pablito se defendió... le dio patadas... gritó, la gente salió de las casas, y el hombre tuvo que huir precipitadamente. El paquete había caído en la acera. Pablito lo recogió y lo llevó a correos. La carta había desaparecido.

Tintín ata cabos rápidamente y saca sus conclusiones.

—Por esa carta, los enemigos de Zalamea conocieron nuestra dirección y vinieron a Moulinart para apoderarse de esa preciosa naranja azul. Pablito... es imprescindible que encontremos

al hombre que te atacó.

La descripción de Pablito era muy vaga. El hombre no era ni alto ni bajo, moreno, con bigote... Hay miles de hombres así en España.

De pronto la cara de Pablito se ilumina... dice que... cuando el hombre casi lo estrangulaba... vio... al lado de su reloj un tatuaje con un dragón, sí... un dragón azul mordiéndose la cola.

En seguida Tintín prepara su plan de batalla.

—Mañana es domingo. Vosotros os dividiréis en parejas y preguntaréis la hora a todos los hombres parecidos al que Pablito ha descrito. Observad bien su muñeca. Si por casualidad encontráis al hombre que lleva un dragón tatuado, que uno le siga discretamente sin perderle de vista, y que el otro vaya en seguida a telefonar a la tienda. Pablito inmediatamente vendrá corriendo a avisarnos aquí...

Al día siguiente, los niños se distribuyeron por todas partes. Preguntan la hora a centenares de hombres morenos, con bigote... y, como el día se termina, empiezan poco a poco a desanimarse.



...que al impudor que al  
...así es le ha caído esta lava y que  
...por su dirección para devolvérsele  
...El chico vuelve entusiasmado  
...pues el desoculto se llama  
...en el hotel «El Ayo Rojas»



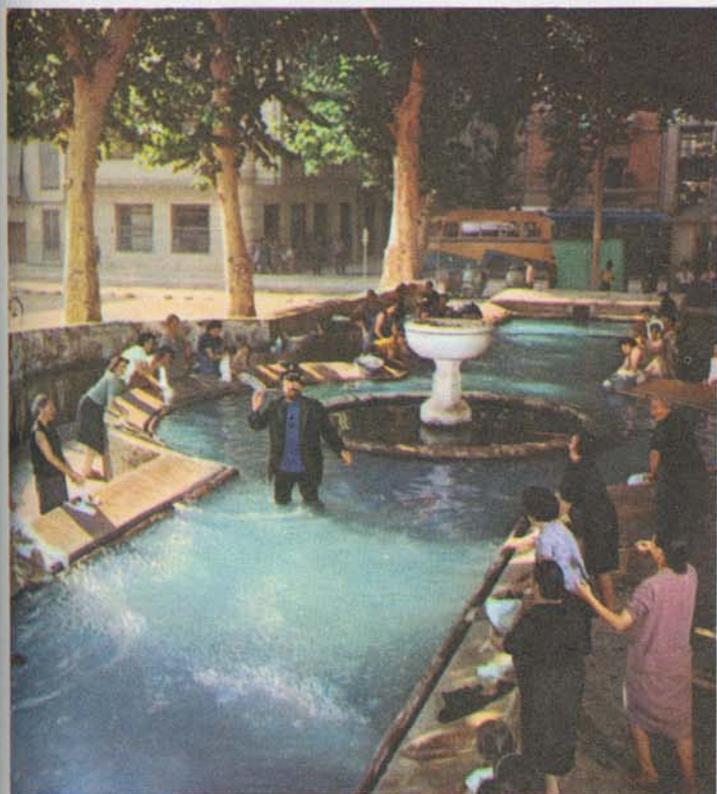
Se acerca un hombre que se dispone a hacerse limpiar los zapatos. Muestra su muñeca: es él... el tatuaje tiene realmente la forma de un dragón azul que se muerde la cola... El Francesito, corriendo, se mete en un bar y telefonea a Pablito, que sale a avisar a Tintín y al capitán. Y empieza una carrera hasta perder el aliento por las callejuelas blancas del pueblo... pero cuando consiguen llegar hasta el Francesito y su compañero, es para enterarse de que el hombre acaba de subirse a un autobús.

Felizmente, a Tintín se le ocurre una idea. Le pasa al Francesito una llave.

—Dile al limpiabotas que al señor del dragón azul se le ha caído esta llave y que tú quieres saber su dirección para devolvérsela.

El chico vuelve entusiasmado. Tiene la respuesta. El desconocido se llama Fernando y vive en el hotel «El Asno Rojo».







La misma tarde, Tintín, el capitán Haddock y Milú se encuentran en «El Asno Rojo».

En la espaciosa sala hay dos guitarristas y una bailarina de flamenco... y muchos consumidores pintorescos y bulliciosos. El capitán no tiene ojos más que para la joven bailarina, cuyos pies repican el suelo con ritmo nervioso.

Tintín se acerca a la barra y pregunta al dueño si el señor Fernando está en su habitación. El dueño mira el tablero, toca la llave número 7 y le contesta que ha salido.

Tintín se desliza entonces por la escalera, sube a la habitación número 7, abre la puerta con su llave maestra e inspecciona rápidamente los rincones. Hay un carnet encima de la mesa... Tintín tiene el tiempo justo de esconderse en el



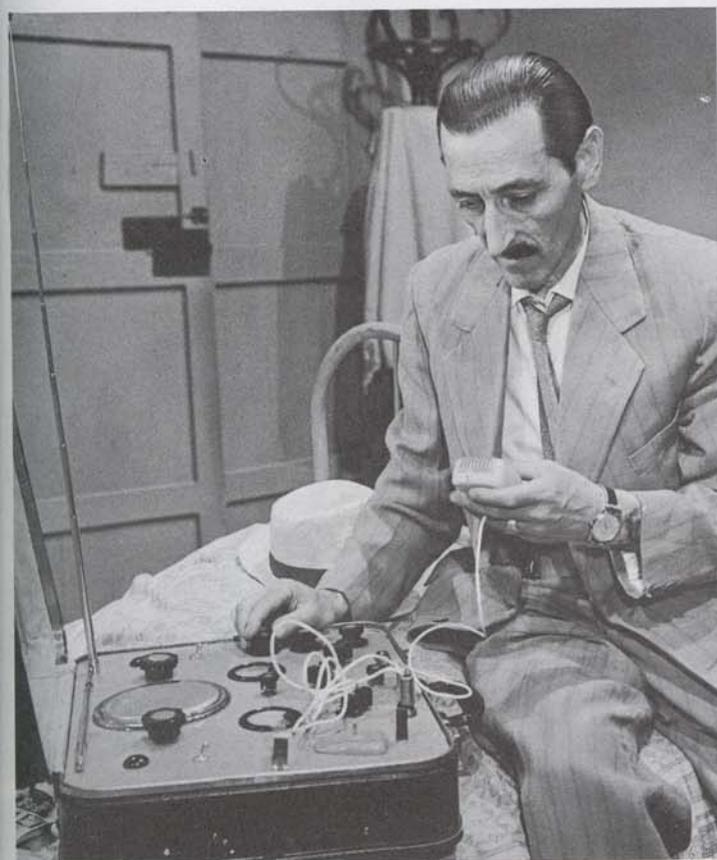
armario... porque una llave gira en la cerradura. Fernando entra en la habitación y saca de debajo de la cama un maletín que abre: es una radio emisora-receptora... Saca la antena y empieza a hablar.

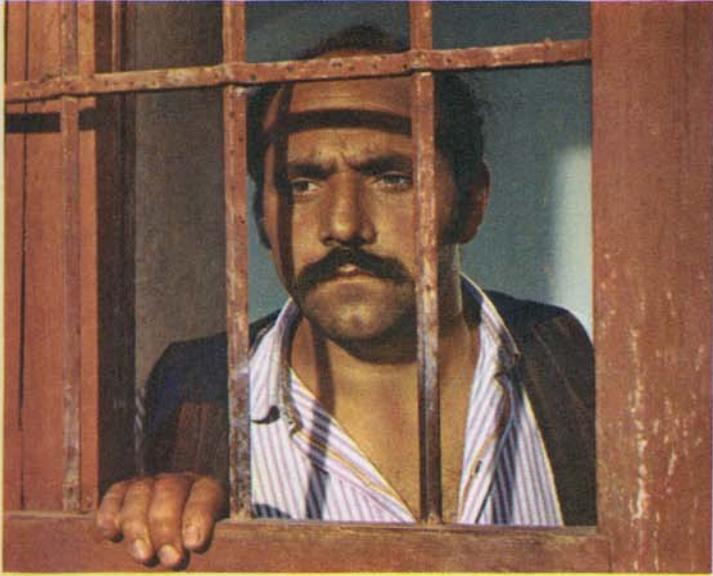
—Fernando al jefe... Fernando al jefe...

Siguen algunas frases que Tintín no consigue oír. Acabado el mensaje, el hombre guarda la radio y se va.

Tintín sale y se dirige hacia la puerta... Luego reflexiona y considera más oportuno salir por la ventana y bajar por la cañería... Para conseguirlo, Tintín tiene que dar un salto peligroso, pero es un acróbata excelente y no conoce el vértigo.

Justo el tiempo de arrancar al capitán de los placeres del flamenco y ya los tenemos siguiendo a Fernando por las calles desiertas. De pronto, de una esquina salen dos hombres y dos porras golpean. Nuestros héroes se derrumban, sin conocimiento.





Al regresar a la hacienda «Bello Horizonte» nos encontramos con los inefables Hernández y Fernández. Los recibe Estensorro, el encargado de don Lope, con un aire burlón en su rostro, tan serio de costumbre. Les muestra la casa y los conduce a sus habitaciones.

Naturalmente que nuestros «detectives» se las arreglaron para pasar al mismo tiempo, aunque no muy cómodamente, la puerta de entrada y para rodar escaleras abajo, arrastrando en su caída una enorme armadura.

Una vez en sus habitaciones, imaginaos la sorpresa de Hernández al oír llamar a la puerta y ver a Fernández que con un dedo sobre los labios le hace señas de seguirle sin chistar...

Unos minutos después es Fernández quien





se sorprende al ver llegar a Hernández, quien, con un dedo en los labios, le hace señas de que le siga sin hacer ruido...

Y, misterio insoluble, dos veces dos Hernández-Fernández... bajan por la gran escalera de «Bello Horizonte» con un intervalo de varios minutos.

La explicación no se hace esperar...

En el gallinero vecino, Hernández y Fernández están sentados uno al lado del otro, amordazados y atados como salchichones.





Dos hombres con sombreros hongos y vestidos de negro se quitan sus postizos, bigotes y narices de cartón... Hernández y Fernández falsos...

Un silo es como una gran botella ventruda excavada bajo tierra, en la que se conservan toneladas y toneladas de grano. Tiene una abertura al final del cuello, que sirve para llenar y vaciar el silo.

Por ese agujero cayeron Tintín y el capitán Haddock a esta prisión tan original. Nuestros dos héroes amanecen sobre toneladas de trigo.

—¡Mil millones de truenos y relámpagos! ¡Yo, que tengo la cabeza tan frágil...! ¡Los verdugos..., los antropófagos...! ¡Si los vuelvo a encontrar, los descuartizo como si fueran corderitos!

Tintín ya no piensa más que en la manera de salir de allí. Mira el agujero iluminado, tapado tan sólo por una reja... Desgraciadamente, no

hay esperanza... Están cogidos en una buena ratonera.

De pronto se oyen a los lejos unos ladridos y se ve aparecer allá arriba, muy arriba, la simpática cabeza de Milú...

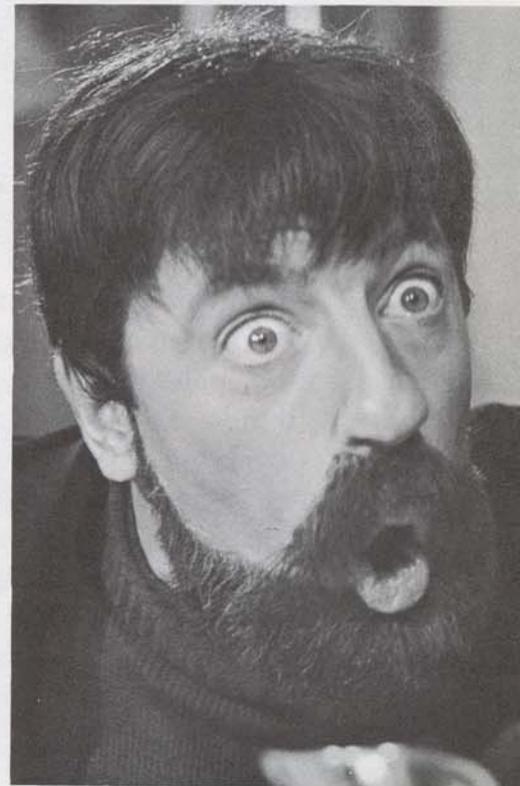
Milú, como todo el mundo sabe, es un perrito genial y en esta ocasión lo demuestra una vez más.

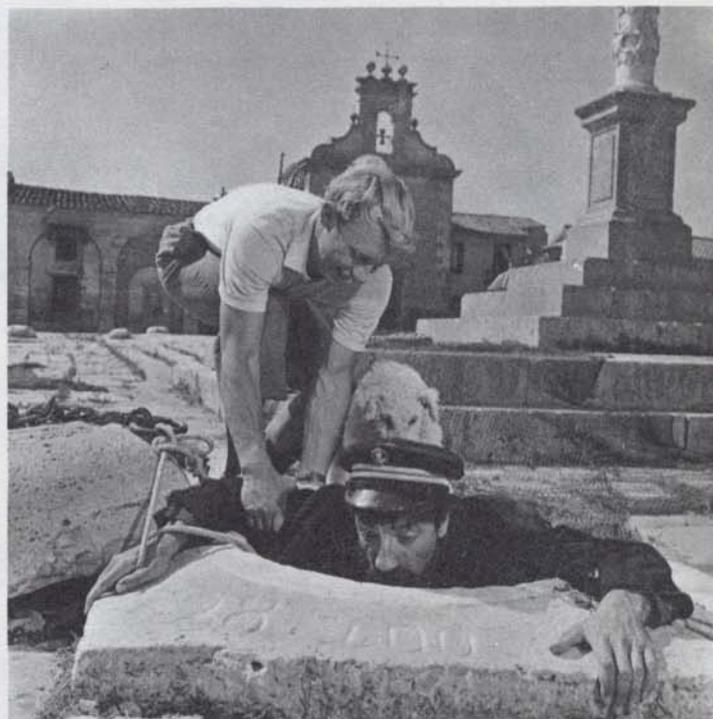
Coge una cuerda que encuentra no lejos de allí, desliza un extremo en el silo y ata, con dificultad, el otro extremo a una gruesa barra de hierro... Todo está a punto para la escalada.

—Después de usted, capitán.

—No, grumetillo, yo seré el último en abandonar el casco. Una antigua costumbre de marino...

Para Tintín, la subida es un juego de niños... pero al capitán ya le cuesta algo más... De todos modos, mejor o peor, Tintín logra subirlo... y, después de no pocas advertencias, consigue sa-





carlo del pozo en el que parecían atrapados definitivamente.

Cuando se encuentran, por fin, al aire libre, corren como liebres, para volver lo antes posible a su refugio: la cabaña de los chicos.

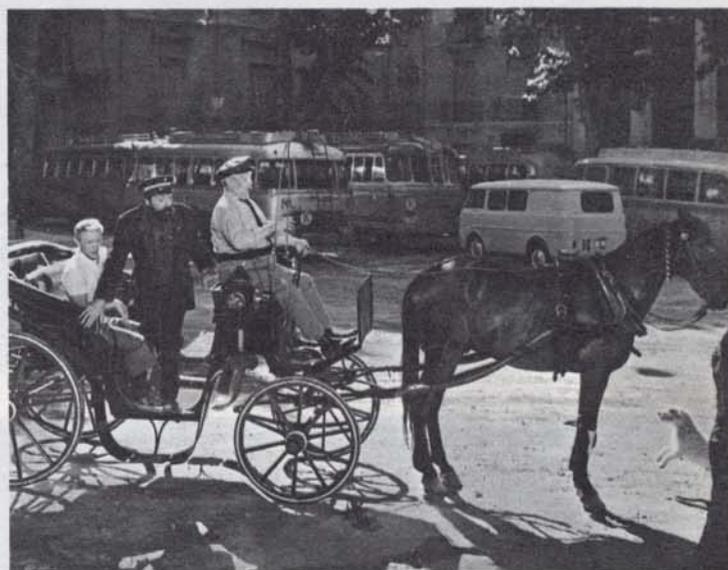
Un simón pasa junto a ellos. El capitán, que no puede seguir corriendo porque está extenuado, se empeña en que se suban a él.

Este simón es un huracán, porque aunque el cochero esté medio dormido, el caballo es muy impulsivo, demasiado impulsivo. De repente, cuando llegan a la plaza del mercado, el bólide embiste contra un puesto de naranjas que se desmorona entre el ruido y los gritos del propietario...

En medio de un gentío apasionado se desarrolla una discusión acalorada entre el vendedor de naranjas y el cochero, que se ha despertado de golpe... Haddock quiere solucionarlo... Justiciero, baja del carrito con una dignidad de emperador romano, pero a los cinco minutos ya está agitado, dando empujones, insultando... Y de pronto se oyen los silbatos de dos policías... Tintín tiene el tiempo justo para intervenir arrancando a Haddock de sus vehementes interlocutores y, tirando de él, hacerlo desaparecer corriendo por entre la gente.

—Lo que es para pasar inadvertido, capitán, le felicito... lo ha hecho estupendamente.

Cuando nuestros amigos se paran un momento para respirar, se dan cuenta de que se hallan







frente al Teatro Municipal, en el que la Castafiore da un recital.

—Decididamente, no es un día de suerte hoy... —suspira Haddock—. Nunca he podido soportar este cataclismo vocal.

Desgraciadamente, no pueden elegir... Tienen a los policías tras sus talones... Entran en el camerino de Bianca Castafiore... que se deshace de alegría.

—¡Qué amabilidad la suya, mi querido capitán Craddock, de venir hasta aquí para oírme cantar!

Haddock se atraganta... pero ya se oyen los pitos y los pasos de los guardias que se acercan. Tintín y Milú tienen tiempo de esconderse, y Haddock se disfraza con la capa y el gorro de Mefistófeles... La Castafiore entona la célebre aria de «Las joyas», que el capitán armoniza con «pom... pom» no demasiado oportunos... Pero los guardias no son amantes de la música y, cuando abren la puerta, la vuelven a cerrar en seguida horrorizados por los agudos gritos de Margarita... Vuelven a llamar... Otra alarma... Pero no. Esta vez son dos árabes, criados del emir Sadek el Gasolina... Traen un gigantesco ramo de rosas y una invitación. Su señor ruega a la célebre cantante que le haga el honor de acompañarle a cenar en su yate después del es-







pectáculo... Castafiore está encantada... Le confía a Tintín:

—Conocí al emir Sadek el Gasolina en San Remo... Es un hombre fabulosamente rico. Su reino es el desierto, en donde hay mucho petróleo...

Habíamos dejado a Hernández y Fernández en el gallinero... Sus dos raptos tenían órdenes de llevarlos a la vieja abadía en la que ya se hallaban secuestrados los sabios. Pero a pocos kilómetros del objetivo se ven obligados a pararse... Un pedrusco obstruye la carretera.

Y de improviso salen dos hombres con alboroz que se precipitan sobre los dos raptos, los golpean y alcanzan rápidamente a Hernández y Fernández, quienes, atados el uno al otro, intentaban sin éxito huir, saltando como ranas.

Sin embargo, en la abadía todo está tranquilo. En el laboratorio de Tornasol y Zalamea hay aho-



ra un gran cilindro metálico... una especie de autoclave en el que los profesores se introducen misteriosamente.

Aprovechando la ignorancia de sus guardianes, se han hecho traer todas las piezas necesarias para construir una radio-emisora... que han escondido con el mayor secreto en el interior del cilindro.

El coloso que los vigila no deja de mirar la extraña máquina construida a su alrededor. Contempla maravillado esta asombrosa arquitectura de recipientes y tubos de vidrio llenos de líquidos multicolores que recorren burbujas y chisporroteos...





Mientras tanto, en el autoclave, los dos profesores llevan a cabo las últimas pruebas antes de enviar el mensaje que, según ellos creen, les va a devolver la libertad...

Cuando, después de haberse librado de los bramidos de la Castafiore, Tintín y el capitán pudieron llegar por fin a la cabaña, fueron acogidos por los gritos de entusiasmo de sus jóvenes amigos, quienes empezaban a desesperar de su regreso.

Tintín lleva a cabo una investigación minuciosa de la agenda que cogió en la habitación del «Asno Rojo» y comprueba que el nombre de Estensorro está mencionado varias veces en ella.

—¿Por qué conoce el hombre del dragón al encargado de don Lope? Hay que averiguarlo.

Y viendo que el capitán se dispone a echarse una siestecita, desde luego bien merecida, Tintín le dice:

—Capitán, no hay tiempo de dormir... Debemos irnos.

de tras de ellos en un orden preciso de un  
de cocina.  
El plan de Tintín ha tenido un éxito completo  
to: la hacienda ahora está desierta. Se intru-  
en ella junto con el capitán y entra en la habi-  
tación de Estanovoz.  
Una óptica rápida muestra todas sus cosas

—¡Mil demonios!... ¿Cómo que debemos irnos?

—Mire, tengo mi plan... Es necesario que volvamos a la hacienda de «Bello Horizonte». Naturalmente, de incógnito. Pablito: di a tus amigos que traigan todos los utensilios de cocina que puedan... Después os diré para qué los necesitamos. Volved aquí dentro de veinte minutos.

Y dos horas más tarde, los muchachos, seguidos de Tintín y Haddock y cargados con un raro equipaje (cacerolas agujereadas, tapaderas, coladores viejos, ollas), se cuelan en silencio en la granja.

En seguida se oye un ruido espantoso. Milú, arrastrando una cacerola, recorre los pasillos sembrando el pánico... Los animales de la granja —ovejas, vacas, caballos, aves— han sido soltados y se esparcen por los campos, arrastrando





detrás de ellos un ruidoso rosario de utensilios de cocina.

El plan de Tintín ha tenido un éxito completo: la hacienda ahora está desierta. Se introduce en ella junto con el capitán y entran en la habitación de Estensorro...

Una ojeada rápida justifica todas sus sospechas: Tintín descubre, no sólo una radio emisora-receptora parecida a la de Fernando, sino también, bajo un montón de ropa, la carta del profesor Zalamea dirigida a Tornasol que acompañaba a la naranja azul, la famosa carta robada a Pablito.

Tintín la lee rápidamente con vivo interés: «Querido profesor: El paquete que acompaña a ésta contiene el fruto de mis investigaciones. Esta naranja azul interesa a demasiada gente... He sido objeto de presiones, ofertas de dinero, amenazas... Me dirijo a usted sabiendo que, al igual que yo, tiene como ideal el bien de la humanidad... Si me ocurriese algo, le indico que en mi laboratorio, *bajo el signo del gran sabio francés Charles Tellier*, he guardado valiosas indicaciones.»

Tintín intuye la clave del misterio.

—Charles Tellier... Charles Tellier... Creo que fue él quien descubrió las propiedades de conservación que tiene el frío. Rápido, capitán, bajemos al laboratorio.

El capitán, que se lleva como botín una botella de *whisky* medio llena, cuando llega al laboratorio echa una buena porción del preciado líquido en una probeta y luego abre la nevera.

—El pescado en el hielo quizá sea invento de Charles Tellier, pero el hielo en el *whisky* es del capitán Haddock.

—¡Bravo, capitán, ya lo tiene!

—Ya lo tengo... ¿el qué?... ¿el hielo? Sí...

—Bajo el signo de Charles Tellier... Está bien claro... es la nevera... los documentos están escondidos en la nevera.

Pero en ese mismo instante, ¡oh, asombro! Una voz sale del vaso del capitán... el cubito de hielo que ha echado burbujea y, por muy increíble que esto parezca, habla.

«Es asombroso, ¿verdad?, esta impresión de mi voz en el hielo. Es uno de mis pequeños inventos... Me pareció el medio más seguro para comunicar esta grave situación. Un misterioso



trust extranjero, el "Orange Corporated", me escribió para ofrecerme sumas fabulosas. Yo no les contesté, y me advirtieron con una carta de amenaza... Un personaje poderoso, el emir de Sakali, conoce también mis investigaciones. Quisiera ser el único en poseer el secreto de las naranjas azules. También él me ofrece millones de dólares y parece resuelto a apoderarse de mis investigaciones y de mi persona. Si me ocurre alguna desgracia, la "Orange Corporated" o el emir de Sakali serán los responsables...»

La voz se interrumpe porque el cubito de hielo se ha fundido.

Y ante Haddock, que todavía no se ha recuperado de la sorpresa, Tintín saca sus conclusiones:

—Una doble pista. ¡Esto no nos va a ayudar mucho!

—¡Mil millones de truenos y relámpagos! A mí, esta voz saliendo del vaso me ha quitado la sed...



Ahora hay que alejarse rápidamente de la hacienda... Mas, para esconderse de Estensorro, que vuelve con un grupo de gente y algunos de los animales que se habían escapado, Tintín y Haddock se meten en el garaje.

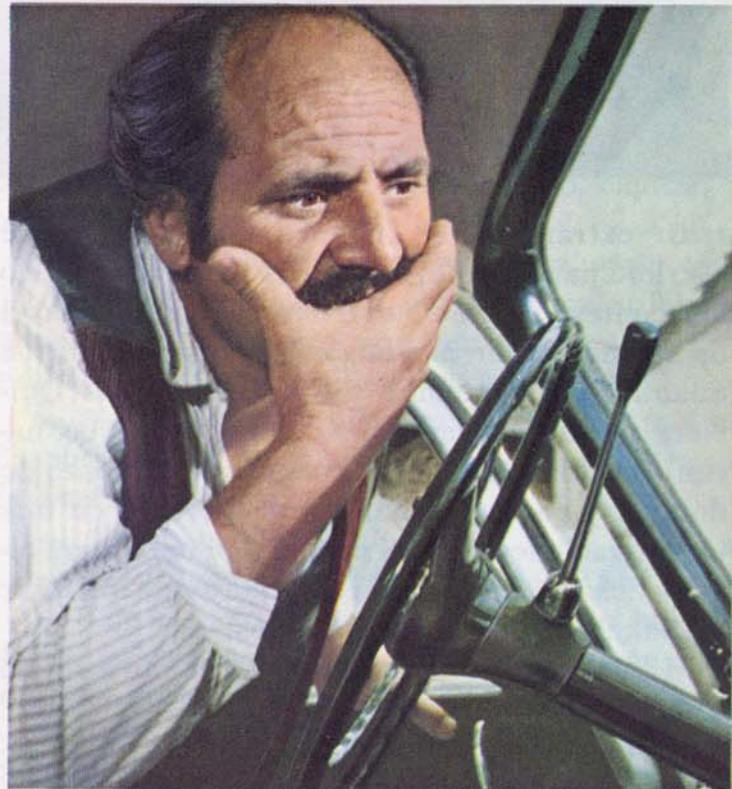
El chófer vuelve junto al *Mercedes* que estaba lavando en el patio cuando dieron la alarma. La radio todavía funciona... Una voz apaga de pronto la música... Estensorro se acerca al coche y escucha, con una actitud de sorpresa y rabia a la vez... Nuestros amigos le observan escondidos detrás de la puerta.

Pero otra voz se hace oír, una voz bien conocida: la del profesor Tornasol.

Arriba de ellos un hombre rosado se movía en la oscuridad de la cueva.

El plan de Tintín ha tenido un éxito absoluto. Estensorro ahora está desorientado. Se ha metido en el coche y escucha con la esperanza de Estensorro.

Una voz se había levantado y había susurrado:



Estensorro se volvió hacia el coche y vio que el chófer estaba allí. Estensorro se acercó al coche y escuchó con la esperanza de Estensorro.

—Oigan... Oigan... Aquí el profesor Tornasol. El profesor Zalamea y yo estamos prisioneros en una abadía abandonada en la carretera de Valencia, situada a unos cien metros de un río y junto a un bosque de pinos incendiado... Si alguien oye nuestra llamada, que avise a la policía española y también a mi amigo el famoso periodista Tintín.



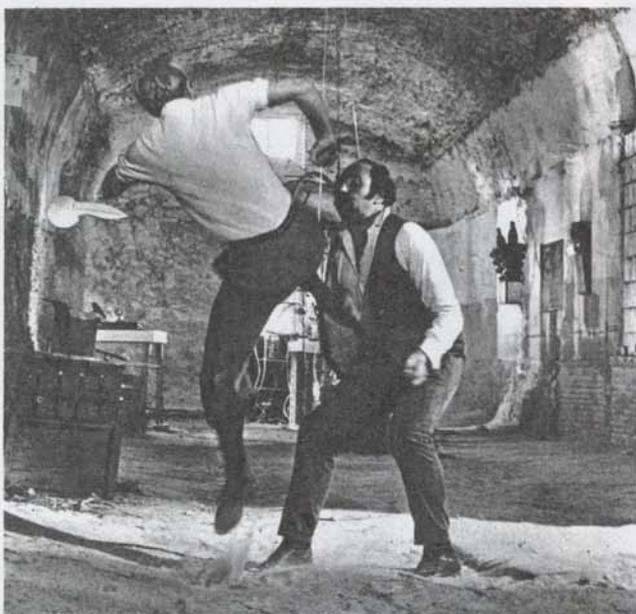
Estensorro sube rápido a la moto y sale corriendo. Tintín y Haddock saltan. El capitán le pone el cubo de agua por sombrero al chófer.

Tintín empuña el volante. El coche avanza entre una nube de polvo. Y ya están nuestros amigos siguiendo a toda marcha la pista de Estensorro, hasta las ruinas de la abadía... La persecución continúa a pie...

El capitán tiene dificultades para pasar por encima del arco de un pequeño puente medio derruido.









—Bravo, señor Tintín... Le suponía entre los secuestrados... pero veo que aún conserva la libertad.

—Inspector, aquí traigo una prueba convincente: la carta del profesor Zalamea que Estensorro interceptó... En su habitación encontrará la emisora con la que se comunicaba con sus cómplices...

Pero, la cosa es evidente, los dos profesores han vuelto a desaparecer, raptados por una banda rival. En la bodega encuentran a seis individuos atados y colocados uno al lado de otro: los dos guardianes de los sabios y los Hernández y Fernández y sus raptores, los falsos Hernández y Fernández. El capitán empieza a reír y el eco de la bóveda le devuelve sus ruidosas carcajadas.

—¡Mil millones de naufragios! ¿Cómo han venido a parar aquí este par de nenúfares? De todas formas, los segundos raptores son más pillos que los primeros. No han querido cargar con estos dos cataplasmas...

Los policías se llevan a todo este pintoresco personal para interrogarlos.

—Gracias, señor Tintín, por su colaboración, y hasta mañana. Le espero en mi despacho.

Acaba de marcharse el inspector cuando llega Milú, que trae en la boca un cordón negro adornado con hilos dorados... Tintín, que posee buena memoria, recuerda en seguida.

—¡Pero si es el cordón que ataba el velo de uno de los árabes que conocimos en el camerino de la Castafiore...! Ya lo tengo... ¡Pero si es evidente...! El emir de Sakali del que hablaba Zalamea... y el Sadek el Gasolina son una misma persona.

Y al cabo de unas horas... una barca se desliza en silencio alrededor del flanco de un yate blanco... La noche es suave y calurosa... Had-





dock rema con cuidado, y Tintín espía por las portillas abiertas.

—Aquí están.

Los dos sabios están sentados uno al lado del otro en una litera. Zalamea toca la flauta y Tornasol canturrea.

—¡Profesor! ¡Profesor! —llama Tintín sin alzar demasiado la voz...

Por fin, Tornasol le ve...

—¡Pero Tintín!... ¡Qué sorpresa tan agradable! Y mi querido capitán... Hasta Milú...

En vano Tintín le hace señas para que se calle... Demasiado tarde... Un foco luminoso in-

vade la barca... Arriba, entre los aparejos, el comandante y tres marineros se asoman metralletas en mano.

—¡Arriba las manos! Subid...

Les echan una escala de cuerda. Pero antes de subir, Tintín murmura:

—Rápido, Milú, salta y corre a avisar al Francesito y a nuestros amigos...

El valiente perro se zambulle y se aleja esquivando las balas que atraviesan el agua.

A Tintín y al capitán los llevan ante la tienda del emir. El emir Sadek el Gasolina está sentado con las piernas juntas, fumando una larga pipa







oriental. Tiene ojos negros, pequeños y brillantes.

—¿A qué se debe el placer de vuestra visita?

—Pedazo de papú, deja en libertad inmediatamente a Tornasol y a Zalamea, porque si no...

Un marinero retuerce el brazo del capitán, que gime de dolor.

—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...

Habiendo hecho callar al capitán...

—Lo siento de veras, señores, pero me es imposible devolveros la libertad... Éste es el precio de su curiosidad...

El emir añade con una sonrisa cruel:

—Recuerden que no me gustan los que se pasan de listos. Las cabezas inteligentes son las que se cortan más a gusto. Y mientras tanto, acomódense y disfrutemos del placer de la música...

Se deja oír un ritmo lento... Haddock, mecido la cabeza, se levanta lentamente, y, como transportado por el ritmo, empieza a bailar moviendo los brazos. Y luego... pum... en un instante... agarra a los dos marineros por la cabeza y los hace chocar violentamente... Los dos marineros se desmoronan... Empieza la pelea...

¡Y qué pelea! Tintín y Haddock hacen prodigios... y de improviso aparecen las barcas de los pescadores que rodean el barco... Pablito, el Francesito y decenas de amigos suyos suben al abordaje...

Esta ola de asaltantes sumerge a los marineros... Cada uno se ve rodeado por una multitud... ahogado... imposibilitado y luego lanzado por la borda... entre gritos de victoria y alegría...

Una lucha desigual enfrenta ahora al emir y a Tintín... El emir lleva un sable en la mano. Tintín sólo cuenta con su agilidad para esquivar los terribles golpes que le dirige. De pronto, resbala... El emir se precipita contra él con el sable tendido. Tintín se defiende en un último reflejo y le arroja un cojín, que, al rasgarse, hace nevar una nube de plumas.

Cegado, el emir, lanzado por su propio impulso, rompe unos cables y cae sobre la tienda, que se le derrumba encima.

Acompañada por el fuerte ruido de la sirena, una lancha de la policía llega al yate. El inspector sube al puente.

—¡Fantástico, señor Tintín! Capitán, no puedo menos que decirle que sus hazañas son dignas del Cid Campeador.

—Sí, pero si hemos ganado ha sido gracias a la ayuda de todos estos chicos. ¡Tres hurras por ellos!

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

Unas semanas después, en el castillo de Mou-





linsart reina la animación de los días importantes. Ha llegado la banda y un camión de la Televisión. Hay coches oficiales escoltados por motoristas, con sus mejores uniformes y aquí está toda la gente del pueblo.

En la escalinata, adornada con guirnaldas, se hallan Tintín, el capitán, Milú, muchos personajes oficiales y sabios de barbas blancas. El profesor Zalamea acaba de ceder sus descubrimientos actuales y futuros a la F.A.O., y el presidente de esta organización internacional que lucha contra el hambre del mundo lo agradece con palabras emotivas.

Los aplausos resuenan, y el profesor Zalamea se acerca al micrófono:

—Os lo agradezco de corazón. Esta emocionante muestra de simpatía será una ayuda valiosa para los interminables y minuciosos experimentos que realizaré a partir de ahora con la ayuda de mi eminente y querido amigo el profesor Silvestre Tornasol...

Y ahora le toca a este último tomar la palabra.

—Yo creo que no es demasiado atrevido decir que dentro de unos diez años haremos crecer en la arena no sólo naranjas azules, sino también todos los cultivos indispensables para la vida del hombre... el trigo, las patatas...

—¡Mil millones de truenos y relámpagos!





¿Quiénes son éstos?

Un «dos caballos» acaba de entrar por la alameda central zigzagueando peligrosamente y choca brutalmente contra el borde del surtidor grande, expulsando a sus dos ocupantes, que,

después de planear de modo espectacular, van a reunirse con los peces.

Y mientras Hernández y Fernández salen del agua y discuten furiosamente, una risa general se apodera de la concurrencia.



# LAS AVENTURAS DE TINTÍN

por Hergé

Títulos publicados, por el orden en que fueron escritos y dibujados:

- |                                   |                                  |
|-----------------------------------|----------------------------------|
| Tintín en el Congo.               | Las 7 bolas de cristal.          |
| Tintín en América.                | El templo del Sol.               |
| Los cigarros del Faraón.          | Tintín en el país del oro negro. |
| El Loto Azul.                     | Objetivo: la Luna.               |
| La oreja rota.                    | Aterrizaje en la Luna.           |
| La isla Negra.                    | El asunto Tornasol.              |
| El cetro de Ottokar.              | Stock de coque.                  |
| El cangrejo de las pinzas de oro. | Tintín en el Tibet.              |
| La estrella misteriosa.           | Las joyas de la Castafiore.      |
| El secreto del Unicornio.         | Vuelo 714 para Sidney.           |
| El tesoro de Rackham el Rojo.     |                                  |

Colección TINTÍN CINE

- El misterio de «El Toisón de Oro».
- Tintín y las naranjas azules.

Cuadernos de pintura TINTÍN

- Serie grande (6 volúmenes).
- Serie pequeña (6 volúmenes).

